

RICARDO VENEGAS (ED.),

Árbol de lunas.

México: Ediciones Malabares, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 2024.

Reseña de VERÓNICA VOLKOW FERNÁNDEZ

Instituto de Investigaciones Filológicas

Universidad Nacional Autónoma de México

volkowfe@icloud.com

<https://orcid.org/0000-0003-2831-6464>

Se ha dicho en múltiples contextos que de las revoluciones planteadas por el siglo xx, la única que realmente no desembocó en el fracaso y la desilusión fue la de la liberación femenina, generando nuevas posibilidades de destino y de identidad para las mujeres. Un creciente interés por los mundos femeninos se vino desarrollando tanto con trabajos teóricos como con artísticos. El *Segundo sexo* de Simone de Beauvoir,¹ con su análisis de la falta de paridad entre los códigos que rigen lo masculino y lo femenino, se constituyó en un parteaguas definitivo para los estudios literarios y sociales generando nuevos paradigmas y enfoques críticos. Según Beauvoir no existen dos códigos, uno para lo femenino y otro para lo masculino, sino que hay un código único, el masculino, que establece la normatividad y ante el cual lo femenino se halla de entrada sometido y en falta. Más allá del concepto althusseriano de ideología, esta unicidad del código impositivo se ha extendido ubicuamente para el estudio de colonialismos de diverso orden.

Por otro lado, los textos que conmocionan son los de Gayle Rubin,² quien ha buscado sondear en los más primitivos albores de las comunidades humanas la fuente de la desigualdad social de las mujeres, su sometimiento a brutales restricciones y su extrema vulnerabilidad. Rubin topa la causa en los viejos pactos tribales que destinaban a las mujeres para ser regalos de intercambios políticos o para establecer alianzas con otros linajes, pueblos o naciones, convirtiendo a los hombres en los dueños de su voluntad y su destino, y quedando éstas sin voz, decisión, propio albedrío.

¹ Simone de Beauvoir. *Le deuxième sexe*. Paris: Idées, Gallimard, 1ª ed., 1972.

² Gayle Rubin. "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of sex", en Rayana Reiter (comp.). *Toward an Antropology of Women*. New York: Montly Review Press, 1975.

Árbol de lunas, editado por Ricardo Venegas en Eternos Malabares 2024, es una compilación de voces literarias femeninas, caracterizadas cada una por una aguda individualidad y contrastadas entre ellas por profundas diferencias, las que parecieran reivindicar a las mujeres de esa tradicional falta de derecho a un pensamiento, a voz y voluntad propias que a través de siglos vino a dejarlas con un gran vacío del ser propio. Muchos de estos poemas invitan a crear nuevos códigos para explorar la propia condición femenina y abrir nuevas posibilidades vivenciales.

En *Árbol de lunas*, estamos ante una reunión de voces femeninas de diversos géneros literarios, temáticas y espíritus, reunidas por ser sus autoras mujeres y por su procedencia regional, Morelos. Sorprenden de entrada las abismales diferencias entre ellas, desafiando cualquier intento de acudir a convenciones o de establecer un paradigma femenino. Hay relatos cuidadosamente escritos como el de Frida Varinia Ramos sobre el entierro de una amiga tras la promesa de que cualquiera de ellas que sobreviviese a la otra describiría el suceso. La prosa es meticulosa y clara en su vocación de presenciar y testimoniar con detalle los sucesos que se desenvuelven y llega a ser lírica en su reconstrucción de retratos afectivos y melancólicos recuerdos (33-36).

Por oposición, Cinthia Karina Jiménez se lanza al enigma y al abismo, a los agujeros de lo imprevisible, cuando introduce un relato antropológico de lo que podría ser una ceremonia prehispánica de ofrenda a los antiguos dioses que se entrecruza con una aterradora trama policial: los hermanos de las oficiantes, tras haber sido capturados por soldados, son los que mezclan al final su sangre con la del animal sacrificado. Estamos ante una recreación un tanto aterradora de “La noche boca arriba” de Julio Cortázar, que podría alegóricamente remitirnos también a los asesinatos políticos tan comunes hoy en día en nuestro país (10-12).

Dentro de la categoría de textos brevísimos, no faltan ni la poesía ni la prosa, con las minificciones de Yolanda de la Torre de tinte humorístico y a veces cruento: “Una vez que lo atacó el Alzheimer, olvidó que era ciego. Cada mañana despertaba maravillado pensando que el sol era la noche” (196). Tampoco están ausentes poemas más breves aún que los haikús en Griselda Quezada de la Rosa: “Soy hoja seca / que distrae el viento” (51).

En la poesía Jazmín Cacheux busca una sabiduría de lo vivido a la luz de la experiencia. Hay compromiso en ella con el crecimiento interior y un intento de acercarse respetuosamente a los otros, buscando vínculos sin ego y sin posesividad: “Si te encuentras conmigo no te vayas de ti/ que el encuentro sea la vida, / la libertad, no una salida” (71). Diana Fabiola Álvarez Salas, en cambio, con una voz ensayística mucho más abstracta opta por la reflexión teórica sobre el acto de escribir y la poesía (24).

Dentro de otro péndulo de grandes oposiciones Leticia Martínez Gallegos sorprende por una feroz objetividad científica, ajena a decoro y pudores en esa mirada que regala de la disección médica de un cadáver o en ese intercambio lúdico y casi obsceno que hace entre un cuerpo humano desnudo y expuesto y el devoramiento de una guanábana: blanca, carnosa, lechosa (78, 79). Frente a ese crudo hiperrealismo de Martínez Gallegos, a Martha Jeanette Miranda López la mueve una concepción romántica del amor universal. Observa dentro de la naturaleza la energía de amor que un árbol encierra para vencer la adversidad y alcanzar el florecimiento, convirtiendo al poema en una parábola de la resiliencia humana (89). Está también el amor, quizás excesivamente idealizado, que expresa la voz lírica ante un guerrero águila, que no sabemos si es esposo o amante (90). Esta realidad embellecida por el mito genera un movimiento pendular respecto a los despiadados laboratorios poéticos de Martínez Gallegos.

Está también presente la profunda, madura, inteligente voz de Silvia Tomasa Rivera, como uno de los momentos más altos de la antología, con poemas hondamente reflexivos, surgidos de los sustratos vivenciales de una sensibilidad plenamente fiel a su propia verdad y libertad, a su búsqueda y deseo. Inicia con un poema que se diría la écfrasis de una fotografía en ese jinete montado sobre el aire cuando su caballo atraviesa una zona de penumbra (145). Hay entre sus poemas muy bellos retratos como el del danzante que se desnuda de su atuendo de charro para ponerse el maztli y el tocado de cuernos de venado. El hombre desnudo se muestra en toda su vulnerabilidad, ya casi cercano a la muerte, ante la expectativa erótica de la joven que no sabemos si sólo lo mira o lo espera (146).

Varios de estos poemas ensartarán una narrativa, entre realista y mítica, donde la trama continúa con la joven atractiva que será conquistada por el danzante venado. El poema se disgrega en varios planos espacio temporales, ya que al mítico encuentro erótico sigue en el aterrizado presente una reflexión sobre el vacío y la soledad femenina, imponiéndose el dolor de la ausencia ante el ímpetu del deseo, frente al recuerdo poderosamente vigente del añorado encuentro pasional en “sus manos inmortales que la tocan / al borde del estero” (149). La plenitud del pasado sólo agudiza el vacío del presente, la belleza del eros vivido, la actual punzante frustración.

Otros retratos en esta selección son también muy bellos como el del marinero llegando a puerto tras de la tormenta, “fuerte por dentro / suave por fuera” (151), o el del desnudo femenino de sinuosas curvas embriagadoras y negro clavel central, en la écfrasis de una maja nocturna, casi nacida de la imaginación plástica de Leonel Góngora (152). Sigue a este sugerente desnudo un más crudo retrato en *Fin de fiesta*: el de una mujer enfiestada y poderosa como un tigre durante la noche que a la mañana siguiente aterriza en la diáspora y la desorientación (153).

Frente a esta Silvia Tomás tan poderosa de tan valientemente honesta, topamos con la poesía mucho más joven, de Tonantzin Mejía Salazar que aborda el tema del deseo erótico idealizado y su colindancia con la premonición, misma que se quisiera emisaria del destino, pero que finalmente desemboca en el desengaño (156).

En fin, un poco arbitrariamente menciono sólo a 10 de las 20 voces participantes, todas entre sí muy diferentes, para dar un ejemplo de las posiciones tan opuestas que puede ocupar la mirada femenina fuera de cánones y sistematizaciones. Sin duda valdría la pena otorgarles a todas un espacio más amplio del que permite una reseña y el libro por muchas razones merece leerse con cuidado, pero sobre todo por las enriquecedoras reflexiones que nos levantan sus espejos verbales.